

Horacio Gómez Aristizábal visto por Rafael Mojica García*

**Palabras en la recepción del Embajador de México, don Florencio Salazar Adame, como Miembro Numerario de la Academia Hispanoamericana de Letras y Ciencias*

Muy orgulloso se siente, Horacio Gómez Aristizábal, esta noche. Primero por la recepción del señor embajador de México don Florencio Salazar Adame, como Miembro Numerario de esta egregia Academia Hispanoamericana de Letras y Ciencias, y segundo porque su revista institucional que no solamente está bien editada sino porque tiene un maravilloso contenido.

Todo lo contrario de lo que le dijo a Néstor Madrid Malo, político metido a poeta o viceversa, cuando le preguntó a Horacio al editar una revista de su propia inspiración.

- Horacio, ¿leíste mis poemas?

A lo que nuestro anfitrión, contestó sin miramiento alguno.

- ¡Ala! ¿Así que además de pagar un año de suscripción debo leerlos?

Por la pluma de Horacio Gómez Aristizábal, fluyen los más altos pensamientos, que él se preocupa para evitar arrogancia, en convertir en vocablos sencillos, en alegres retruécanos, en contundentes mazazos dialécticos. Él sabe que las puertas desquiciadas ceden más fácil al esfuerzo de las palancas verbales o de los golpes de pica de su verbo.

Horacio Gómez Aristizábal de haber vivido en siglos anteriores, hubiera tenido al igual que Voltaire, buscar la protección de una reina, cosa que para nada le molestaría, no para separarlo de los aullidos del pueblo sino para moderar el principio de la grandeza de la nobleza de disponer de la vida. Díscolos escritores que comparten los salones de palacio, pero que con acrimonia les critican las costumbres.

Pero, Horacio Gómez Aristizábal, vive en el siglo XXI y felizmente entre nosotros, así le cause escozor a más de uno “Más alto será mi pedestal, entre más piedras me arrojen”, es una frase que gusta de repetir. Convencido de sus apotegmas es capaz de iterarlos aún en medio de condiciones peligrosas, no por el amotinamiento de muchedumbres sino por algo peor, por la lengua sórdida, sibilina y sicofante de los académicos.

Horacio Gómez Aristizábal no vacila en blandir con fuerza la empuñadura de su fuerte espada retórica para decirle al político de más alto coturno lo que es. Y no sólo se lo dice en su cara sino que se lo repite por escrito, y al igual que a Luis XVI, tal vez, lo arrastren al fondo del salón pero lo contemplarán con respeto. Algunos se atreven a vomitarle muy cerca sus injurias pero él se rodea de las bayonetas de sus frases y de los cañonazos de sus silogismos. Pueden agitarle miles de brazos ante su rostro pero a él le bastan los dos que tiene... ¡ah! Y su lengua.

Horacio Gómez Aristizábal ha sabido cumplir con sus deberes. No se ha refocilado en la farsa de legalidad que, de cuando en cuando, se agita en los poderes. Él ha sido un abogado capaz de imprimir dirección jurídica a su actuación. Aunque es un hombre amante de la gloria no la ambiciona, la fortuna le sonrió pero nunca se convirtió en su estrella polar, las dignidades le han llegado sin transformarse en cortesano.

Horacio Gómez Aristizábal escucha con admiración, jamás con repugnancia. Nunca ha permanecido indeciso entre el destino y la suerte. El procura permanecer libre como el azar pero decidido en su marcha. Siempre ha sabido lo que quiere y siempre ha sabido quien lo quiere, aun así, no desprecia a sus enemigos, más aún ni siquiera los ignora, simplemente, los deja ahí. Si uno deja de tratar a sus enemigos, se queda sin amigos, le dije alguna vez.

Sin nunca haber sido embajador, resulta agradable ver como se escurre por entre los meandros de la diplomacia. Sabe remover obstáculos. Es versado en política y si bien comprende los regímenes no los acepta a ciegas. Al igual que el Cofrade Palacio Rudas, no traga entero. Está sin armas en la primera fila, tratando de entender los deseos del pueblo y si en sus manos estuviera rehacer la

república, no se saldría del cauce democrático, pero eso sí, no saludaría sonriente a quienes llegan seducidos por los honores que ella depara y por la facilidad para hacerse a la fortuna. El no admite a estos modernos dueños de la hacienda pública que dejan de lado su honestidad.

Horacio Gómez Aristizábal hace estas reuniones confraternales para estrechar las manos de sus amigos, para mezclar voces y para comprender corazones y para no tardar la acción de reconocimiento a personas como del señor embajador don Florencio Salazar Adame.

Su pluma será siempre un trueno que no cesará de retumbar y un rayo que surcará el espacio.

Rafael Mojica García
Bogotá, 25 de Junio de 2010